

IGLESIA DIOCESANA



Varias mujeres portan sahumerios o quemadores.

FÁTIMA VILLALOBOS

La comunidad peruana residente en Navarra salió a la calle para celebrar al Señor de los Milagros, patrón de Lima y de los peruanos emigrantes



La imagen del Cristo de los Milagros fue portada en andas desde la iglesia de San Miguel.

LA DEVOCIÓN A UN PATRÓN MORADO

FÁTIMA VILLALOBOS
Pamplona

EN 2012, Henry Gonzales Zavaleta llegaba a Pamplona con la esperanza de encontrar aquí las oportunidades que echaba en falta en Lima. Pero al aterrizar se dio cuenta de que al abandonar su ciudad natal dejaba atrás también una de sus mayores devociones: el Señor de los Milagros. En sus primeros meses en la capital navarra, preguntó a compatriotas si celebraban alguna misa en su nombre. Entonces se cumplían dos años de la llegada del lienzo del también llamado Cristo moreno a la Iglesia de San Miguel Arcángel. Su imagen, construida hace cuatro siglos en una pared de adobe limeña, permaneció intacta después de tres sismos en la capital peruana. He ahí el milagro por el que suma fieles hasta hoy. Y esa devoción cobijada en el Santuario de las Nazarenas de Lima ha traspasado fronteras, 9.700 kilómetros concretamente, hasta llegar el sábado

18 de octubre a la Plaza de la Cruz. En los árboles aireaban banderines morados y los devotos, vestidos con un hábito del mismo color, atraían las miradas de los transeúntes. La misa fue inaugurada con el himno nacional del Perú y finalizada con un viva al Señor de los Milagros, cuya imagen, pasadas las 14 horas, atravesó el portón lateral de la parroquia. Las andas se alzaron por primera vez a lo largo del perímetro de la plaza en 2011, pero la fe congregó a los peruanos unos cuantos años antes. La Hermandad se fundó en 2009, pero, según relata el devoto Arturo Panduro Alvarado, desde que él pisó Pamplona en 2007 ya se hablaba traer a Pamplona la imagen del Cristo milagroso. Y con él, a la multitud peruana que lo aclama.

El camino de la procesión lo habría un estandarte que lleva bordado el nombre de la hermandad y la fecha de la llegada de la imagen: 30 de octubre de 2010. Dos banderas adornan la tela: la peruana y la española. La de la tierra natal y la del país de acogida de to-



Una de las mujeres que se cubría con una mantilla blanca. FÁTIMA VILLALOBOS.

dos esos fieles. Arturo Panduro, natural de San Martín, Perú, lleva las andas desde aquel primer recorrido en 2011. Recordaba, tras haberlas cargado un año más, que lo hace desde que tiene 23 años.

Siempre con el hábito morado y la soga blanca. "Quiero que los demás compatriotas sigan este ejemplo y que se mantenga esa voluntad de seguir en la hermandad", explicaba orgulloso. Según

los últimos datos recabados (2022), son más de 2.000 los peruanos residentes en la comunidad foral.

Entre los relevos de cargadores y padres devotos que pedían la bendición de sus niños, las sahumerios dejaban a su paso el humo emanado de sus incensarios. Una de las mujeres que cubrían sus rostros con una mantilla blanca era Ruth Torres, de la directiva de la Hermandad, quien entonó a lo largo de todo el desfile el himno del Cristo de los milagros. Lleva una década asistiendo a la procesión y llegó a la hermandad casi por casualidad. Iba a misa todos los domingos en San Miguel y un día asistió a la celebrada en nombre del Cristo Moreno. La misma por la que Henry Gonzales conoció a la Hermandad. "Cuando venimos de lejos pasamos muchas dificultades y el Señor es nuestro refugio", explicaba ella. Desde entonces, Ruth se une a esa multitud morada, que acude a cobijarse a la sombra de un Cristo que es a la vez patrón de Lima y de los peruanos emigrantes.

REZAR POR LOS DIFUNTOS, ESPERANZA EN LA RESURRECCIÓN

Conmemoración de todos los fieles difuntos

LA BUENA NOTICIA

José Antonio Goñi

CADA 2 de noviembre, la Iglesia nos invita a elevar una oración especial por todos los fieles difuntos. No es un día marcado por una tristeza sin horizonte, sino un tiempo para la memoria agradecida y la esperanza firme, sustentada en la promesa de Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá". En esta celebración se concentra el núcleo

de nuestra fe: la muerte no tiene la última palabra, porque Cristo la ha vencido con su resurrección.

En este día recordamos a nuestros seres queridos que han partido con la certeza de que están en manos del Padre, que es amor y misericordia infinitos. Además, la

oración por los difuntos no es un simple gesto piadoso, sino un acto profundo de comunión: nos une a ellos más allá de los límites del tiempo y de la muerte, y nos recuerda que la Iglesia es una sola, formada por quienes peregrinamos en la tierra, por quienes se purifican en la 'antesala' del cielo y por quienes ya gozan de la gloria eterna.

La conmemoración de los fieles difuntos nos invita también a contemplar nuestra propia vida a la luz de la eternidad. Saber que nuestro destino final es el en-

cuentro con Dios nos ayuda a priorizar lo que permanece sobre lo que pasa. No se trata de vivir con temor ante el final, sino con la alegría de quien se prepara para una cita definitiva con aquel que le ama y le espera.

Al orar hoy por los difuntos proclamamos que el amor es más fuerte que la muerte. Y, sostenidos por esa certeza, caminamos con esperanza hacia el día en que Dios enjugará todas nuestras lágrimas y nos reunirá, para siempre, en su casa.